

ENRIQUE E. SHAW

**"...Y DOMINAD LA TIERRA"
(CONCEPTO CRISTIANO DEL DESARROLLO)
A PAPÁ,
activo promotor de todo desarrollo humano**

**Conferencia pronunciada en la
Reunión Nacional de Dirigentes de los
Hombres de Acción Católica
4 de Marzo de 1962
Buenos Aires**

Cumplo con un muy agradable deber de justicia al agradecer de todo corazón a: CECILIA, mi esposa en el más desarrollado sentido de la palabra, sin cuyos sacrificios para procurarme la necesaria tranquilidad física y espiritual, este trabajo no hubiera podido prepararse. HERNANDO CAMPOS MENÉNDEZ, Vice Presidente de la Unión Internacional de Dirigentes de Empresa Cristianos (UNIAPAC), quien primero me hizo ver este grandioso panorama. FRANCISCO VALSECCHI, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina, cuyas reflexiones me precisaron importantes aspectos de este tema. MARÍA MATILDE CASTRO NEVARES, Gerente de "La Casa del Libro", quien me recomendó y facilitó la lectura de las obras que más contribuyeron a este trabajo. PADRE MOLEDO, por su aliento y enseñanzas, algunas pocas de las cuales figuran aquí. JULIA URANGA, LUIS ARRIGHI, CARLOS CARCÍA DIAZ, CARLOS LLORENTE Y RICARDO DIEZ PEÑA, por sus valiosas críticas y sugerencias. MARTÍN DE ACHA VAL Y LUCIO CARCÍA, cuyos cuidados por mi salud hicieron posible que esta conferencia fuera pronunciada. INÉS N. DE AMAYA Y CATALINA CARBERRY, por su invariable buen humor y casi infinita paciencia en preparar el material para la imprenta.

INTRODUCCION:

a) Actualidad e importancia del tema.

El vocablo "desarrollo" está hoy en labios de todo el mundo. Como veremos en el transcurso de esta exposición, esto es algo que debe alegrarnos y a lo que debemos contribuir intensamente, pues sólo nosotros los cristianos podemos, y por lo tanto debemos, darle todo su verdadero valor.

Además, lamentablemente, mientras los comunistas difunden místicas falsas para movilizar en su provecho las energías humanas, nosotros frecuentemente no aprovechamos plenamente el maravilloso tesoro de verdades reveladas depositado sólo en la Iglesia, y que son necesarias para estimular y orientar las fuerzas constructivas y solidarias indispensables para procurar un auténtico desarrollo.

No pretenderé hacer una exposición completa del tema, sino apenas esbozar los conceptos comunes a todo desarrollo, y que lo mismo rigen para el pedagógico que para el económico. Omito, por ejemplo, todo lo referente a este último, pues ya ha sido tratado en forma magistral por el R. P. Laurent, S.J. y por el Ing. Hernando Campos Menéndez. Tampoco intentaré "moralizar" (en el sentido de "dar normas de moral") el desarrollo tal como viene ocurriendo -por más que ello es algo muy necesario- sino que, Dios mediante, procuraré señalar su dimensión humano-divina, "ubicando" la actividad terrestre del hombre dentro del Plan de Dios, con un "superdestino" divino según el cual serán desarrolladas hasta su plenitud todas las obras humanas.

Los marxistas nos acusan de que, por dar tanta importancia al Cielo, no somos plenamente de este mundo y por lo tanto somos incapaces de sentir, para citar un caso, todo lo trágico de la miseria obrera, perdiendo así, por causa de nuestra fe, una gran parte de la potencia de acción, de realización concreta que pueden poner al servicio de las necesidades presentes aquellos que no tienen otros horizontes.

Veremos que, por el contrario, la visión del mundo que tiene el cristiano lo provee de un gran estímulo para actuar enérgicamente sobre el mismo.

El mundo no es un lugar de exilio ni un objeto de admiración puesto por Dios como testimonio de Su omnipotencia; el mundo es para el hombre el lugar donde se elabora su destino eterno. Es allí que tenemos que influir para que la Historia, que "se hace" día a día, se aproxime en cuanto sea posible al Plan que Dios en Su sabiduría y amor ha previsto para los hombres y para el mundo.

Tomemos el caso de un "valor humano" como es la justicia. No basta con esperar que el día del Juicio Final "se haga justicia" (como sin duda se hará); hay que

procurar además que, aunque imperfecta, exista desde ya, y esa es responsabilidad nuestra, de los hombres que, consciente o inconscientemente, y por limitada que pueda parecer nuestra contribución, estamos haciendo la Historia.

Una razón más para reflexionar sobre este tema es su gran importancia para la correcta solución de las necesidades de nuestro país.

Tomemos el problema de la escasez de viviendas. ¿Son un bien "de consumo" - como de buena fe sostienen algunos peritos económicos- o un bien "de capital"? ¿Qué prioridad debo darle en los planes concretos de desarrollo? Es evidente que si se adopta la primera clasificación -"de consumo"- debo ubicarla después de, digamos, la construcción de caminos o, aeródromos, por ser éstos, sin discusión, un bien de capital. Pero, ¿son "de consumo"? Obviamente la contestación a esta pregunta no depende solamente de factores técnicos y financieros, sino también del valor que se dé a la formación de familias física y moralmente sanas, de lo que es factor un suficiente número de viviendas; en otras palabras de la jerarquía de valores admitida por quienes elaboran los planes de desarrollo.

Una palabra de atención. También en nuestro medio -de hombres que se manifiestan públicamente como católicos- he escuchado conceptos erróneos.

Citaré dos, uno por defecto y otro por exceso.

Recuerdo con tristeza el comentario de alguien que, de regreso de una zona agrícola, manifestó que allí la cosecha se había perdido, agregando que sin embargo a fin de cuentas casi era mejor pues si los habitantes del lugar hubieran recibido mucho dinero no hubieran sabido cómo manejarlo y lo hubieran gastado mal.

¡Grave error de concepto! Si bien es de una magnitud muy distinta, es similar en su orientación equivocada a la de alguien que no se entristeciera si un chico tuviese parálisis infantil. Lo normal dentro de la Divina Providencia es que un ser humano utilice las piernas que Dios le dio como asimismo que la cosecha dé sus frutos. Si Dios permite que ello no ocurra ha de ser por muchas y buenas razones, pero no por eso debemos "prima facie" alegrarnos o no tomar todas las medidas para evitar ese mal.

El otro es el de quien criticaba las muchas energías que se dedican al fomento de las vocaciones eclesíásticas, diciendo que en cambio los católicos deberíamos dedicarnos muy principalmente al desarrollo económico, pues logrado éste, al sobrarle dinero a la gente sería más generosa en su contribución al sostenimiento de la Iglesia y los sacerdotes dispondrían de más medios para mejorar su nivel de vida, con lo que no faltarían entonces vocaciones suficientes.

Vemos ilustrados claramente los dos extremos erróneos: el de quien no acredita el peso debido al desarrollo económico y el otro que cree que el desarrollo económico puede por sí solo producir valores no económicos como son los sobrenaturales de una vocación religiosa.

b) ¿Puede un cristiano dedicarse sinceramente al desarrollo?

¿Es posible dedicarse profundamente a las tareas "de aquí abajo" si se está convencido que lo único esencial es el "más allá" y por lo tanto todo lo visible no es más que algo pasajero, secundario? A primera vista el Evangelio parece estar más próximo del Mahatma Gandhi que de Carlos Marx: nos enseña -con la conocida parábola de los lirios del campo- a no preocuparnos del mañana y en general insiste en el desapego del mundo a fin de que el alma esté libre en su marcha hacia Dios, sin alabar para nada la energía o la inteligencia en la búsqueda de fines temporales.

Y a muchos de sus intérpretes superficiales les ha parecido que debemos temer que si dedicamos demasiado tiempo al mundo terreno nos privaremos de la contemplación de la belleza de los cielos.

Pero si reflexionamos sobre sus enseñanzas nos apercibiremos que es un error creer que pone como ideal una actividad puramente espiritual. El "tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber" (Mateo 25, 35) como asimismo, la Parábola de los Talentos (Mateo 25, 14-30) son suficientemente elocuentes.

Siempre ha habido una cierta "tensión" entre quienes daban preferencia al influir directamente sobre el mundo y quienes propiciaban el retirarse de él, pero últimamente el marxismo, herejía, como todas, en cierto sentido providencial, ha hecho que este problema fuera nuevamente analizado, que se buscara más intensamente dentro del depósito de la verdad revelada, la auténtica actitud cristiana al respecto.

Después de la Gran Guerra de 1914-1918 -la guerra que iba a acabar con las guerras-, el mundo occidental vivió una verdadera euforia. Creía que todos los problemas estaban solucionados y que ya se había iniciado la era del progreso indefinido. Pero luego, como fatalmente ocurre cuando se deja a Dios de lado, vino la crisis, la desocupación, surgieron dictaduras en varios países y se perfilaron, cada vez más nítidas, las sombras de una nueva guerra.

En medio de esa confusión y pesimismo Pío XI alentó todo "sano progreso, para perfeccionamiento y desarrollo de la humanidad" y con sus Encíclicas, recordó e iluminó las bases necesarias para obtenerlo. Poco después, hacia 1937, se publicaron

los primeros trabajos, que yo sepa, dedicados exclusivamente a la visión cristiana de las realidades terrestres.

Vino luego la Segunda Guerra Mundial, y luego de la derrota de Francia se publicó en este país -seguramente impresionados los autores por los daños causados a su alrededor por el uso dañino de los modernos adelantos de la técnica- un libro que sostenía que, dado las consecuencias que tiene sobre el hombre el pecado original, cuanto más desarrollado esté el hombre, cuanto más poder tenga sobre la materia, mayores serán los estragos causados por el pecado original.

Este opúsculo causó sensación por su pesimismo y contribuyó, por el contrario, a que se profundizara en el verdadero sentido de la virtud de la esperanza.

Finalmente vino la paz y con ella la palabra del Cardenal Suhard con su maravillosa pastoral "¿Crecer o declinar de la Iglesia?", donde incluye y fundamenta un llamado a los católicos a participar activamente en la Reconstrucción.

La paz abrió también la posibilidad de las peregrinaciones a Roma, dando ocasión a las numerosas locuciones de Pío XII a representantes de todas las actividades, desde aquellas que dan la impresión de ser innecesarias o al menos superfluas en un mundo empobrecido -como podría ser la producción de seda-, a las más humildes, representadas tal vez por los guardas de tranvías. A todos ellos los alentó a cumplir bien con sus deberes profesionales y humanos e incluso les sugirió delicadamente cómo hacerlo. Personalmente creo que nunca me olvidaré, en el segundo de los casos que menciono, sus consejos sobre cómo tener el cambio ya contado y de la simpatía con que hay que atender aún al que se equivoca en el monto a pagar, alentando así a hacer más agradable la vida de quienes utilizan ese medio de locomoción.

Pero además Pío XII hizo precisas afirmaciones doctrinarias:

"Sacaría una falsa deducción de nuestras palabras, contra el materialismo del pasado siglo, quien juzgare que son una condenación del progreso técnico.

"No. No condenemos lo que es don de Dios, que... escondió en los días de la creación del mundo, en las entrañas más profundas del suelo, tesoros... que habrían de ser excavados por las manos del hombre para sus necesidades..., para su progreso.

"El cristianismo no busca un espiritualismo puro, que sería inhumano.

"El cristianismo perfecto es también hombre perfecto, puesto que nadie fue más perfectamente hombre que el Hombre-Dios Jesucristo."

Y en el último Mensaje de Navidad que pronunciara, el de 1957, manifestó:

"La intervención en el mundo es un derecho y un deber que corresponde intrínsecamente a la responsabilidad del cristiano."

En ese mismo discurso Pío XII señaló que la meta auténtica del progreso es "colaborar con Dios, por Cristo, y con su propia actividad creadora en la construcción de la armonía completa del mundo, considerando a todas las cosas dentro del orden señalado por Dios".

Una inundación que arrasa todo, -el ejemplo es mío- evidentemente no es algo armonioso, y por lo tanto debemos hacer lo posible por prevenirla.

Para terminar con estas citas pontificias, S. S. Juan XXIII no deja lugar alguno a la duda sobre si el desarrollo aún meramente económico es una opción. Dice textualmente "Mater et Magistra " : "Es un deber favorecer el desarrollo económico y el progreso social".

c) Civilización y religión.

Señalado ya el deber de trabajar de mejorar el mundo, y antes de entrar a un análisis más detallado del tema, me parece de interés procurar determinar si la civilización en cuanto tal (independientemente del buen o mal uso que se haga de ella) contribuye o no al crecimiento del mundo sobrenatural.

Volviendo al ejemplo anterior, si tomamos las medidas para evitar las inundaciones, es decir, hacemos un dique, ¿habrá por ello más gracia, más vida sobrenatural, en su zona de influencia? ¿El dique, por sí mismo, contribuye al crecimiento del mundo sobrenatural?

Descarto totalmente tanto la absurda y herética opinión que la naturaleza puede producir gracia, como asimismo las dos extremas y opuestas que, si bien no suelen manifestarse con la fuerza con que aquí las resumo, se nota que conscientemente o no, son la fuente en que se alimentan las obras de algunos autores.

Una de ellas es la muy pesimista: la naturaleza, "el mundo", "pasará", es inútil esperar que pueda servir para algo duradero. La dejo de lado pues si fuera así y en nada influyera sobre el mundo venidero, la Iglesia no se preocuparía, como siempre lo ha hecho, por mejorar las condiciones de vida de los hombres y Santo Tomás no habría expresado que hace falta un mínimo de bienestar para la práctica de la virtud.

Descarto también la exageradamente optimista -más de moda hoy en día que la anterior-, que sostiene que la civilización con el tiempo va a desarrollarse tanto y

tan perfectamente que, luego de la Parusía se convertirá en el Reino de Dios. Si así pudiera ocurrir, resultaría que el desarrollo de la civilización apuraría la venida de Cristo. Me parece que esta corriente de pensamiento no da suficiente importancia ni a la triste realidad del pecado ni a aquel pasaje de la 2ª Epístola de San Pedro que afirma que la caridad es la que acelera la venida de Cristo.

Pero sin duda es evidente que hay una cierta vinculación entre la civilización y la religión, entre la naturaleza y la gracia, si bien es difícil determinarla con exactitud.

Dentro de la más pura ortodoxia hay 8 ó 9 opiniones ligeramente diferentes, sostenidas por otros tantos teólogos de prestigio. De ellas, la que más me satisface es la que sostiene que la civilización condiciona (la expresión precisa es "condiciona extrínsecamente"), dispone, para la vida sobrenatural: no la produce sino que condiciona, ya sea a favor o en contra.

Por ejemplo, los medios técnicos destinados a acercar los hombres entre sí - teléfonos, aviones, etc. - son una condición que facilita la unión de los espíritus, pero no el agente principal de dicha unión, como desgraciadamente nos lo prueba el hecho de que a pesar de lo fácil que es telefonar de Moscú a Roma ...

Con los conocimientos de que disponemos ahora "a posteriori", analizando los hechos después de ocurridos, vemos que la Historia antes de la venida de Cristo, incluyendo la filosofía griega y el orden romano, fue una preparación providencial para ella. El César al disponer el censo dio lugar al traslado de San José y la Santísima Virgen a Belén y a que se dieran las condiciones profetizadas en las Sagradas Escrituras para el nacimiento del Mesías. Pero esto naturalmente no quiere decir que el censo fuera la causa que necesariamente condujera a la Encarnación ; lo único que se puede deducir es que la Historia de hecho contribuyó extrínsecamente a la venida de Cristo.

En concreto, no podemos saber cuál es la relación exacta entre la civilización y la religión pues Dios, que ha querido condicionar Su acción a la de los hombres, nunca ha decretado un paralelismo entre la acción divina y la humana. Pero cualquiera sea el modo con que procuremos expresar la relación positiva que existe entre la acción histórica del hombre y el llevar a término el mundo celestial, una cosa es segura: esta relación existe.

Dios ha querido, por caridad y con soberana independencia, sin estar obligado a ello, condicionar Su acción por la nuestra, preparando las riquezas de Su gracia a lo largo de una lenta maduración cuyos elementos concretos son el trabajo y las civilizaciones.

Esto fue especialmente puesto de manifiesto durante los años en que Jesucristo vivió entre nosotros, dándonos la prueba que Dios, para mostrarse, para redimir al hombre, quiso depender de la naturaleza humana.

Pío XII, en su Alocución al Ministro de Liberia, el 28 de Febrero de 1951, señaló con claridad la existencia de esta relación: "La manifestación de la verdad cristiana y la fidelidad a los principios fundamentales de la fe católica, están indisolublemente unidos con la sincera y constante afirmación de los más auténticos y exaltados valores de la naturaleza humana.

La verdadera religión y el profundo interés por todo lo humano no son rivales. Son hermanos. No tienen nada que temer una de la otra, sino todo por ganar.

"Si cada una permanece leal a la ley de su propio ser, y respeta las necesidades vitales y las variadas manifestaciones externas de la otra, la resultante armonía de ambas fuerzas dará a los pueblos los más valiosos incentivos para una real prosperidad y un sólido progreso."

PRIMERA PARTE

EL MUNDO TIENE UN SIGNIFICADO:

a) Sentido de la Creación:

¿Tiene alguna vocación la humanidad? En caso afirmativo ¿cuál es? ¿Tuvo razón aquel biólogo que decía que es la aventura ciega y estúpida del protoplasma destinada desde sus comienzos al fracaso y a las tinieblas infinitas?

La fe abre al creyente perspectivas apasionantes con respecto al destino humano. La visión cristiana del mundo es netamente optimista: el cristiano es un hombre que cree en el amor. Dios no es ni un dios oriental, totalmente indiferente a todo lo que sucede a su alrededor, ni un dios griego que se divierte a expensas del hombre: Dios es amor.

Creer en la doctrina cristiana de la creación es creer en el amor. Es poner el amor en el origen del ser, explicando la existencia del mundo por el gran cariño, por el afecto inmenso que Dios nos tiene. Es concebir el mundo como un don y comprender que el universo está orientado, y por un designio de generosidad. Es tomar conciencia de que el hombre ha sido creado por amor, para hacer vivir sobre la tierra y luego en el cielo tal imagen particular de Dios.

En otras palabras, para el cristiano el mundo es un misterio cuya llave es el Amor: es de Alguien, existe por el amor de Alguien, va hacia Alguien. Hay un plan

que se cumple en etapas progresivas, que se desarrolla en etapas cada vez más perfectas y acabadas. No es un desarrollo ciego, "dialéctico" como dicen los marxistas, sino que tiene que ser completado por el hombre.

Dios es más que el artista que exterioriza su amor a la belleza haciendo una obra bella; le da vida a Su obra. La creación es conjuntamente la expresión de la omnipotencia divina y del Amor de Dios que asocia al hombre a su perfeccionamiento.

Y en el Séptimo Día de la Creación, el día de reposo para Dios, el día aún no concluido de la Historia en que aún estamos viviendo, Dios al hombre ha creado Su imagen y semejanza, libre y dotado de inteligencia y de poder, a ese hombre -espíritu y materia, microcosmo que resume toda la creación pues su cuerpo es un territorio común de lo espiritual y de lo inanimado, ya sea animal, vegetal o mineral- le da el mandato "Creced, multiplicaos y dominad la tierra". Es decir le entrega el dominio y señorío vicario de todo lo creado, le otorga el don divino de la fecundidad y le llama a llevar a su término la totalidad de lo creado mediante el crecimiento de la cultura, la proyección de la personalidad hacia una plenitud, la multiplicación de la especie, el dominio sobre las fuerzas de la materia y en resumen, el desarrollo de la comunidad humana.

El Día Séptimo marca así conjuntamente el descanso de la obra de Dios y el llamado al trabajo del hombre para llevarla a la perfección por Dios prevista y querida, para moldear la arcilla de la tierra de este mundo en desarrollo de modo que se graben mejor en él los rasgos del mismo Dios.

Es así que cuando el hombre, dominando la naturaleza, "pone en valor" todos los recursos de la creación y los transforma en bienes económicos o culturales, elaborados y útiles, su actividad entra en la perspectiva inicial de Dios.

Otro hecho mencionado en las Sagradas Escrituras y que tiene gran importancia es que Adán "puso nombres" a los animales. Dar el nombre significa tanto como definir el ser, "dar sentido", orientar a las cosas. Con ello la Biblia expresa no sólo la unión del hombre con la naturaleza sino su superioridad sobre ella, y que la misión del hombre, centro del cosmos, es llevarla a Dios.

Pero aparece el pecado. El pecado es una desobediencia a Dios pero también es un volverse hacia sí mismo: egoísmo. Luego de cometido, el hombre no sólo no da gracias a Dios por los bienes creados sino que se cree su dueño, y en lugar de buscar su desarrollo mediante el libre cumplimiento de los designios de Dios, el hombre pretende reducir el Plan de Dios al suyo propio, pretende que Dios haga lo que él quiere.

Antes de la culpa la naturaleza estimulaba todas las facultades del hombre hacia Dios. Todo entonces era sagrado porque todo estaba impregnado de Dios y todo llevaba a Dios.

El pecado rompió esta sublime armonía e instauró la tiranía de lo sensible, que ha trastornado la realidad terrestre, obstaculizando la misión natural de las cosas visibles y sensibles de conducirnos a las cosas invisibles y divinas.

Otra consecuencia es que disminuyó la intensidad de la vida, al quedar debilitada la voluntad y ofuscada la inteligencia, y por lo tanto se produjo una disminución de la libertad.

Además el trabajo, que en el Paraíso Terrenal era obra gozosa de desarrollo, se volvió penoso, pues el primer hombre, íntimamente unido a la materia a través de su cuerpo, la arrastró consigo en su desorden, y desde entonces, como dice la Epístola a los Romanos (8,20) "fue sujeta a la vanidad".

b) Consecuencias de la Encarnación:

La Encarnación no es una especie de meteoro que ha "caído del cielo" sin vinculación alguna con el proceso de la Historia. Por el contrario es el momento decisivo de todo un proceso que comenzó antes que ella y que aún continúa después.

Desde el punto de vista de este tema, este misterio -la unión de la naturaleza humana a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad- significa que la materia ha sido promovida, asumida, por la Divinidad.

Desde entonces toda creatura está como elevada, transfigurada, consagrada. No sólo el hombre sino las cosas, pues la Encarnación es la comunicación de Dios no sólo a los hombres, sino también a todas las creaturas ya que en cierta manera la naturaleza humana contiene todas las cosas y es la recapitulación de todas ellas.

Es decir que la divinización no es solamente la perfección última del hombre, sino, mediante el hombre, es la razón última y el fin al que tiende la creación entera. (Incluso la materia; véase Rom. 8, 21-22). Las piedras, las plantas, los animales, como son incapaces de inteligencia y de amor, y por lo tanto incapaces de dirigirse a Su Creador, necesitan del hombre para que las una y ordene y, por medio de él, ser llevadas a Cristo. Sólo "en Cristo" los hombres y las cosas llegan a su plenitud, adquieren su significado y fin últimos.

De este modo se cumplirá el plan divino de reordenar todas las cosas en Cristo: "instaurar todo en Cristo".

Vemos pues que aún los aparentemente más insignificantes aspectos materiales de la existencia humana, son instrumentos del Plan de Dios, son vehículos de la Misericordia Divina. Es así que el universo material, después de la Encarnación, es, en cierto modo, nuestro hermano.

Se explican así los cánticos de San Francisco de Asís y las numerosas anécdotas a su respecto, que ilustran su marcado sentido fraterno hacia los animales y las cosas, a pesar de ser tan desapegado de las riquezas. (Mejor dicho habría que decir que, precisamente su amor a la pobreza, su desapego a lo material, le hizo valorar adecuadamente el universo, le dio la libertad y la perspectiva necesarias para simpatizar con todas las cosas sin dejarse dominar por ellas).

El mundo pues, no sólo ha de hacer que alabemos a Dios, al mostramos Su poder y Su perfección, sino que nos invita a que nosotros, los bautizados, en quienes se prolonga la Encarnación, lo desarrollemos mediante nuestro trabajo y lo llevemos a su término mediante nuestra unión con Dios.

Conviene sin embargo hacer una precisión. El mensaje del Evangelio es fecundo en ideas de desarrollo, señalando la posibilidad de transformaciones maravillosas, de que el hombre pueda elevarse a niveles insospechados para el no cristiano. (El más culto de los griegos o romanos no se atrevió a pensar que el hombre pudiera llegar a participar de la vida de Dios, a ser hijo de Dios por adopción). Pero la idea cristiana no es la de un avance indefinido, sino más bien, como lo evidencian las parábolas, de los talentos, de la semilla de mostaza, etc., la de un desarrollo hacia la plenitud, idea que entraña la de madurez, armonía, perfección y gozo.

c) Los "nuevos cielos" y la "nueva tierra"

Pero la doctrina cristiana es aún más rica. Para comprender plenamente dónde estamos, cuál es el sentido último de la Creación y Encarnación hay que saber hacia dónde va el mundo.

El universo no está destinado a ser destruido (pensamiento muy corriente, como lo prueba el hecho que la palabra "apocalíptico" es utilizada frecuentemente para calificar los estragos de una bomba atómica o el aspecto que produce un volcán en llamas) sino a ser transformado, glorificado a su manera así como lo será el cuerpo humano.

La culminación de la Redención será la Resurrección general, el dominio total de Cristo sobre los cuerpos como sobre las almas.

Todas las cosas serán un día transformadas, la materia misma participará de la nueva vida del espíritu. Todo lo que sea justo, todo lo que sea verdadero, todo lo que

sea bueno logrará su consumación en los "nuevos cielos y la nueva tierra", predichas por Isaías (65,17), de que habla San Pedro (2 Pedro 3,13) Y que nos revela el Apocalipsis (21,1).

¿Podríamos acaso pensar que de todas las obras del hombre no subsistirá nada más que la caridad, la intención que habrá presidido a su realización?

¿Podemos imaginar que la resurrección general será de los cuerpos solamente? Pero, ¿qué sería un pintor sin sus cuadros, un músico sin sus sinfonías, un inventor sin los productos de su genio?

La Iglesia, cuando contempla los santos en el más allá, aún antes de la resurrección, se los representa como establecidos en la gloria pero no inactivos: ellos prosiguen "en el cielo" la misma función que llevaron a cabo sobre la tierra. Así, si habían sido los protectores de una ciudad o de los pobres, los considera ahora como sus celestes protectores; si salvaron a su patria, que continúan defendiéndola; si doctores, enseñando; si fundadores de congregaciones religiosas, cuidando lo que pusieron en movimiento y re-creándolo a cada instante. Y en forma semejante una madre fallecida es considerada como continuando en su tarea de protección, suscitando circunstancias favorables para sus hijos.

Por lo tanto podemos admitir que los privilegios del más allá no hacen más que llevar a su plenitud, a su más alta potencia, lo que está desde ya latente en cada uno.

Ese carácter que nos constituye, a la vez el fundamento de nuestra naturaleza y la obra de nuestra libertad, vibrará de nuevo en la misma longitud de onda, pero esta vez en un medio estable y sin la ambigüedad y descorazonamientos de las circunstancias temporales.

El hombre eterno que algún día seremos y que ya está en germen en nosotros, no abolirá al hombre temporal: al contrario lo activará removiéndole toda limitación.

Con mayor razón vemos pues que cuando Dios disponga la resurrección de los cuerpos, lo hará con todos sus valores humanos, el poeta con su poesía, el padre con el cariño por sus hijos, el médico o educador con el desvelo por las personas a su cargo, el gobernante con su dedicación al bien común.

Más aún, será mediante la resurrección de los cuerpos que el mundo material participará del triunfo de los hijos de Dios. Será en dependencia del hombre, librado ya por la resurrección de las servidumbres de la carne humillada por la culpa que todo el universo creado será restaurado con un esplendor que eclipsará su belleza natural.

Será la totalidad de la Creación, con todo el desarrollo que el hombre le habrá impreso a lo largo de la Historia que será reordenada, restaurada, recapitulada por Cristo y, en Él, volverá al Padre más rica, más una, más santa.

Cuanto más valores humanos (como ser dominio del instinto, expresiones creadoras, dominio de la materia, solidaridad) haya para ser orientados a Jesucristo, más brillante será el éxito del mundo en Dios. Como dice San Pablo (1 Cor. 3,23): "Todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo, Cristo de Dios".

No nos ha de ser difícil por lo tanto concebir una de las últimas expresiones del Apocalipsis (21, 24-26): "Aportarán la opulencia y el esplendor de las naciones". Dios quiere que las naciones sean opulentas y tengan esplendor, para después ser ofrecidas a Él.

d) ¿Andamio o edificio?

De lo anteriormente expuesto se deduce que los valores temporales tienen un cierto valor propio, real: hay que respetarlos si se quiere respetar a su Creador. Las realidades terrestres tienen una consistencia propia autónoma en su orden, aunque no sean definitivas ni supremas.

Es bueno que un violinista, tras años de esfuerzos, logre arrancar a su instrumento melodías que muevan los corazones. También lo es que el ingenio humano haya sabido utilizar de tal forma las leyes de la naturaleza que dispongamos de aviones a chorro, T.V., etc.

Es evidente que se pueden usar bien o mal, que los aviones en lugar de ser utilizados para acercar a los hombres pueden destinarse a destruirlos y que la T.V. puede ser empleada de modo, no que una a la familia alrededor de una diversión en común, sino que contribuya a minarla en su fundamento moral, y por lo tanto destruirla. Pero el desarrollo del mundo en sí mismo, aunque moralmente sea ambivalente, no nos puede dejar indiferente; es no sólo un bien sino un imperativo de la Creación.

Tal vez alguno piense: "en efecto, el mundo, y por lo tanto su desarrollo, no es malo, pero no por ello deja de ser precario; no vale la pena perder demasiado tiempo con él".

Aunque es exacto que nuestra vida natural no existe sino en vista de nuestra vida sobrenatural, no debemos despreciar algo por no ser más que provisorio.

Para citar una comparación, el andamio que se utiliza en la construcción de un edificio es algo evidentemente provisorio. ¿Pero por eso lo haremos menos sólido y

cómodo para trabajar? ¿No debemos preocuparnos de hacerlo bien, evitando así accidentes, disminuyendo la fatiga de quienes trabajan y ganando tiempo en la construcción del edificio?

Debemos respetar las leyes propias, las técnicas de construcción de andamios. Pero un buen constructor, al colocar el andamio, no pierde de vista la obra final.

En el orden espiritual ocurre lo mismo pero con una diferencia importante. Retornando la comparación, el andamio -es decir el mundo- una vez concluida la obra, se incorpora, se vuelve parte integrante, es "asumido" y transfigurado por el edificio final construido con su ayuda, que es el Reino de Dios.

No se trata pues de "andamio" o "edificio", sino de uno más el otro, de construir andamios bien hechos, aún sabiendo que no son lo principal, porque sabemos que de ese modo contribuiremos a la solidez del edificio definitivo.

SEGUNDA PARTE

EL CRISTIANO Y EL DESARROLLO

a) Enseñanzas de la historia:

Hay quienes afirman, y justo es decirlo, con algo de razón, que si bien la doctrina expuesta es magnífica, la conducta de los cristianos no la corrobora; que por pensar en el cielo descuidamos la tierra.

Es conocido el caso de los habitantes de una población española, que a fines del siglo pasado estaba previsto proveer de agua potable mediante la construcción de un acueducto.

Cuando se apercibieron que los ingenieros que dirigían la obra eran protestantes, hicieron detenerla, manifestando que preferían quedarse sin el agua antes que recibirla de un acueducto construido por herejes.

Pero a pesar de hechos como este, la Historia demuestra, sin lugar a dudas, que donde la Iglesia ha podido actuar con libertad ha habido un incremento de la civilización.

La esperanza y la caridad, al animar a sobreponer las dificultades y al hacernos presentes que amar a Dios es amar todo lo que Él nos ha dado para que amemos, poniendo en obra todo lo que ha puesto en nosotros al servicio del amor, han dejado tras de sí monumentos gloriosos al cristianismo.

Ello no es más que la consecuencia lógica de lo que la fe establece sobre la persona humana, del respeto que merece todo ser creado por un Dios de Amor y redimido por Jesucristo.

La Iglesia siempre ha defendido lo humano, el libre albedrío, la capacidad de la inteligencia de adquirir conocimientos, la dignidad de la materia, el valor del cuerpo. Hoy en día en que se exagera en la apreciación de este último, dando por ejemplo inmerecida publicidad a los concursos de belleza, pocos son los que recuerdan las luchas espirituales y aún físicas -piénsese en los albigenses- que tuvo la Iglesia contra las herejías que lo negaban.

¿Y cómo no va a sentir también interés y respeto por las cosas materiales si el mismo Jesucristo después de la multiplicación de los panes dio orden de guardar lo que sobraba?

La noción misma de progreso es fruto del cristianismo. Ni los griegos ni los romanos la conocían ni la imaginaban y su filosofía y visión del universo era meramente estática. El mundo se ha desarrollado, incluso en lo material, mucho más en los últimos 1900 años que en todos los siglos que precedieron a la venida de Cristo, y han sido los países de Occidente, de cultura, aunque secularizada, impregnada de cristianismo, y no los de Oriente, los artífices de ese progreso.

Últimamente los ataques del marxismo han actualizado estos problemas, y si bien en general han provocado reacciones sanas y provechosas, también ha habido, aún dentro del campo católico, algunas obviamente bien intencionadas pero mal orientadas. Hay muchos que se han dedicado intensamente a una acción económico-social, llevados únicamente -he ahí el error- porque sostienen que es ese el campo de batalla de los tiempos modernos donde hoy en día se ataca y se defiende la Iglesia, y que es ahí donde hay que "hacer aceptable" la Religión. Es una motivación legítima, pero parcial, insuficiente y algo distorsionada, no la plenamente cristiana.

Es un poco el caso de algunos "sacerdotes-obreros", que llegaron a interesarse tanto en lo temporal que "nunca tenían tiempo" para rezar el breviario.

b) Motivación cristiana de la acción temporal:

Analicemos pues cuál debe ser la auténtica motivación que nos debe animar, cuáles son las razones por las cuales los laicos estamos obligados -no digo invitados sino obligados- a comprometernos en el desarrollo de lo temporal en proporción a nuestros talentos y oportunidades.

1. -ACCIÓN DE GRACIAS:

El cristianismo, que si bien con San Agustín pondera la limosna al hambriento, sabe que es mejor procurar que no haya hambrientos, tiene, además de esa razón que podríamos llamar "horizontal", otro motivo más profundo, "vertical", más centrado en Dios, para procurar con todas sus fuerzas el máximo desarrollo, aún material.

Hemos visto que todas las cosas han sido creadas por Dios y para Dios. Ahora bien esta gloria, en su modo más perfecto, sólo la pueden conseguir mediante el hombre, centro y resumen racional de la creación, capaz de unirlos "a sí mismo y de ofrecerlas libre y conscientemente a Dios, santificándolas y glorificándolas" .

Para que la creación cante con Jesucristo la gloria de Dios por la ofrenda sacerdotal de los cristianos, es menester que éstos hayan tomado posesión de la creación. No se trata de cantidad de cosas a ofrecer sino de la intensidad del dominio humano del mundo, de la intensidad de valores auténticamente humanos.

Hay en ello un anticipo de la Realeza Universal de Cristo sobre toda la historia de la que nosotros debemos ser artesanos conscientes.

Es evidente que si una tía me regalara una lapicera, mi acción de gracias no se agota con decirle "muchas gracias" y que nada le causará mayor placer que si la utilizo para escribirle una carta haciendo uso de ella.

Igualmente la mejor forma de darle gracias a Dios por el don que nos ha hecho de los bienes materiales es usarlos según su designio, es decir, como instrumentos para ir -y llevar a los demás- hacia Él.

Es éste el profundo significado de la expresión "Consagración del Mundo" .

Y cuanto más perfecto, más desarrollado, es lo que le ofrecemos a Dios, mejor.

Precisamente la Eucaristía -palabra que sabemos quiere decir "acción de gracias"- es el modelo de toda transformación. La transformación eucarística es el "tipo" de todo progreso, es la máxima transformación posible, es una permanente invitación a todo verdadero progreso. Es el símbolo de esa transformación que acontece en el hombre al hacerlo pasar de la condición de pecador a la de Santo. Lo es también, secundariamente, de todos los cambios que valorizan una materia dada, en el orden técnico, intelectual, artístico o social. E inversamente, no hay cambio profano que no sea la humilde imagen de la transformación eucarística.

Pero fijémonos que la celebración de la Eucaristía requiere, no trigo y uvas, sino pan y vino, frutos de la naturaleza pero ya elaborados; es decir que, por

voluntad explícita de Dios, requiere necesariamente la contribución del trabajo del hombre.

2. -SERVIR A NUESTROS HERMANOS EN SU CUERPO:

Pero además de "acción de gracias", hay otro motivo que anima la acción temporal del cristiano y le da valor en el Reino de Dios: el servir a los hombres, nuestros hermanos.

Lo temporal debe permitir al hombre "realizarse" plenamente, llegar a la plenitud de su naturaleza, ser plenamente hombre.

La Iglesia siempre se esfuerza para que a la gracia, que ha de edificarse sobre la naturaleza, no le falte ni fundamento estable, ni clima apto, ni las condiciones vitales de su existencia.

No se puede vivir el Evangelio sin preocuparse de que se den las condiciones de gobierno, de estructuras sociales, de vivienda, alimentación, libertad, etc., sin las cuales la vida deja de ser humana.

Hemos visto que no son más que condiciones que disponen al hombre para una vida conforme con la sublime vocación de hijo de Dios, pero hay que procurar que se den, hay que procurar lograr la organización económico-social que permita obtener el máximo de justicia y de caridad, que favorezca lo más posible la comunión de todos los hombres, los ponga en las mejores condiciones para cumplir su destino no solamente terreno sino eterno.

Aunque el Amor de Dios tiene prioridad sobre el amor al hombre, el primer signo del amor de Dios es el amor fraterno: "Deja ahí tu ofrenda ante el altar y vé primero a reconciliarte con tu hermano". (Mat. 5, 24).

Siempre ha sido por la manera de tratar lo humano que se ha reconocido al cristiano.

Nuestro Señor hizo el elogio de la pobreza y del sufrimiento, pero a la vez dio pan a los hambrientos y curó a los enfermos.

Pero tengamos en cuenta que la caridad no sustituye el esfuerzo inteligente de los hombres, como la fe no reemplaza a la medicina.

Para que los hombres vivan juntos en un clima de caridad hacen falta otras cosas además de la caridad.

Para que haya justicia y paz, ya sea entre las naciones o entre empleadores y empleados, no basta con pedirla a Dios, no basta con hablar en abstracto del espíritu del Evangelio, indicando cuanto mejor sería el mundo si todos fuéramos buenos cristianos. Es necesario que sean resueltos, con espíritu de buena voluntad y de respeto mutuo, muchos problemas de orden técnico.

Por ejemplo, la implantación legal del salario familiar, requirió muchos estudios técnicos, jurídicos y económicos, para poder adecuar a las realidades de nuestro país la aplicación de un principio al cual pocos se oponían, pero nadie se molestaba en llevar a cabo el paciente y aburrido trabajo de hacer los estudios previos.

Muchos otros ejemplos podría dar de tensiones sociales que se han agudizado en lugar de disminuir por obra de leyes bien intencionadas pero mal elaboradas, hasta el punto de incluso ser imprecisas en su redacción.

En otro orden de actividades, no hay duda que el invento de maquinaria eléctrica adecuada para uso en el fondo de las minas de carbón, donde antes se empleaban mujeres y niños, de hecho ha contribuido tanto a mejorar la situación real de las familias de los mineros como la más intensa divulgación de los principios de la paternidad de Dios y de la fraternidad de los hombres.

El médico cristiano debe interesarse, en razón del respeto debido a toda la obra divina, en la salud de sus enfermos, sean éstos creyentes o no. Ella es una aptitud para marchar hacia Dios y tiene un valor objetivo, independientemente del uso que de ella haga el enfermo una vez curado, y por eso merece el esfuerzo del médico.

Una doble reflexión surge de lo expuesto. La caridad no puede reemplazar las técnicas: ella las debe penetrar y animar, sosteniendo a los hombres que tienen que aplicarlas. Por otra parte los cristianos que deseamos el triunfo de la caridad tenemos que asumir, con inteligencia y perseverancia, nuestras propias responsabilidades en todas las actividades donde ella debe encarnarse.

3. -SERVIR A LOS HERMANOS EN SU ALMA:

Hemos visto la importancia del desarrollo de todos los aspectos de la vida temporal que incidan en las condiciones de vida de los hombres. A las razones dadas anteriormente es menester añadir que ellos tienen repercusiones morales y religiosas en cuanto facilitan o impiden el crecimiento de la vida cristiana.

Un cierto mínimo de bienestar material -una "situación" entre pobreza y lujos necesaria para que la persona término medio lleve una vida virtuosa. La pobreza involuntaria, especialmente si es causada por injusticias, reales o aparentes, frutos de un sistema económico dado, sobre todo si son remediabiles, es un serio obstáculo a una sana y cristiana vida de familia y por lo tanto el cristiano debe hacer lo posible para remediar esas injusticias y de ese modo facilitar a las personas afectadas su camino al Cielo sin tener que recurrir a un ejercicio heroico de la virtud.

Un segundo factor a tener en cuenta es que la gracia no es una sustancia mágica que se filtra en el organismo humano a modo de penicilina espiritual. La gracia es unidad, unidad dentro de nosotros, unidad con Dios.

Lo natural debe ser un trampolín para lo sobrenatural. Los valores naturales son materia necesaria de la vida religiosa y no es colocando un signo religioso sobre una actividad natural viciada que esta actividad será cristianizada.

Recuerdo la impresión que tuvieron unos conocidos míos, cuando en España encontraron crucifijos sobre las camas de mujeres de la vida. Solamente Dios puede saber qué valor tiene eso para ellas, pero es evidente, como a ellos mismos les pareció -a pesar de no vivir como católicos prácticos tenían un cierto sentido naturalmente cristiano de la vida-, que ese crucifijo no significaba una cristianización de esa actividad.

Dios no quiere que su Reino esté constituido por un conjunto de seres infrahumanos, subdesarrollados. Los italianos tienen una expresión muy gráfica para calificar a cosas de calidad inferior: "no es harina para hostias ". Llevando la argumentación a su extremo, es obvio que no se puede bautizar un cadáver. Al contrario, cuanto más evolucionado es un hombre, más consciente es su vida, más personal es su fe. En paridad de amor -si se puede emplear estos términos de medida cuantitativa al hablar de realidades de orden moral- un cristiano cultivado tiene mayor valor delante de Dios que un cristiano salvaje: es "más" lo que "da".

Desarrollar la civilización es poner al hombre más o menos directamente en condiciones de ir a Dios con todo lo que Dios ha puesto en él.

Hay una tercera razón de orden apostólica, para actuar en el campo de lo temporal: abrir camino al Evangelio al dar testimonio de caridad.

El mostrar con los hechos todo lo que aporta la vida cristiana al desarrollo de las actividades temporales, revela la presencia activa de Dios en el hombre y contribuye así a realizar la expresión evangélica "para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen al Padre que está en los cielos" (Mat. 5, 16).

Cuando el hombre medio ve una monja que cuida leprosos u otros enfermos sin ninguna retribución para ella, sino por el contrario nada más que sacrificios, no puede menos que admitir que ese amor al hombre sólo puede estar sustentado por un intenso amor a Dios, y en esa forma, aún sin decirle una palabra, esa monja está, como lo prueba la experiencia diaria, abriendo camino al Evangelio.

c) El cristiano, activo propulsor del auténtico desarrollo.

Es conocido el axioma clásico: "la gracia no destruye sino que perfecciona la naturaleza". Más aún parecería que la gracia llama a crear, un medio material un poco conforme a su existencia espiritual. Debemos pues colaborar y esforzarnos por configurar todo lo temporal según la imagen de lo que algún día va a ser: hay que organizar el universo a imagen del cielo.

Este no es un lugar de reposo absoluto, un "nirvana", como lo conciben las religiones orientales, sino uno de gran actividad, de plenitud, unidad, intercambio total: de amor.

En consecuencia el desarrollo que propiciamos además del legítimo dominio sobre lo material debe procurar el desarrollo de la personalidad, promover la unidad del mundo y el intercambio entre las personas, y facilitar el ejercicio de la caridad, única virtud que subsistirá.

Analícemos, siquiera muy someramente, estos factores y sus consecuencias en la vida diaria.

Con respecto a nuestra acción sobre nosotros mismos, Cristo espera de nosotros la puesta en valor de nuestros dones naturales. Más aún nos dice que si queremos que se nos confíe el verdadero bien, el que, por ser interior, será verdaderamente nuestro y nadie nos lo podrá quitar, el que vale más que todos los demás, debemos tomar en serio sus dones, las riquezas de la naturaleza, y administrarlas seriamente.

La parábola de los Talentos es bien expresiva al respecto: no se es buen cristiano si no se es a la vez buen ciudadano y, según corresponda, buen trabajador, propietario, ingeniero, etc,.. Gracias a Dios, en nuestro país al menos, este concepto es cada vez mejor comprendido y cada día hay menos "beatos" en el mal sentido de la palabra, que frecuentan los sacramentos pero que sólo viven para sí, para "salvar su alma", desinteresados de lo que ocurre a su alrededor a no ser para hacer una crítica.

En cuanto al prójimo, el cristiano, por el sólo hecho de serlo, debe tener como ideal la comunión de los hombres entre sí, pues la comunión de cada hombre con Dios implica la comunión de todos los hombres en Dios. Ella debe tener comienzo de

ejecución desde ya. Todo factor de odio o discordia, todo factor de división que se oponga a la mutua comprensión y amor debe ser abatido.

En cuanto a nuestra acción sobre las cosas y, en general, los valores temporales, de lo tratado anteriormente surge claramente que éstos son más que la ocasión para el ejercicio de la caridad y que todos, en las palabras de Pío XII, "debemos contribuir personal y activamente al nacimiento, aunque sea doloroso y lento, de una vida nueva, de una humanidad en constante progreso en el orden y en la armonía, contribuyendo así a su belleza y a la felicidad del mundo"

Los progresos temporales han sido puestos a nuestra disposición por Dios, para que vayamos a El en forma más plena y más armoniosa.

"El progreso técnico no debe ser considerado como un mal al cual buscamos remedios sino como un bien en cuyo camino se levantan ciertos escollos que es preciso evitar; pero es innegable que el progreso técnico procede de Dios y por esto puede y debe conducir a Dios" (Pío XII).

Los descubrimientos de la tecnología y de la ciencia pueden y deben ser usados para la gloria de Dios porque, expresión también de Pío XII, "continúan el trabajo comenzado por el Creador".

El usar todo el potencial de los hombres y de la tierra, da un beneficio material pero también da un beneficio espiritual. Por ejemplo, el quemar racionalmente un combustible y dedicar esa energía a producir bienes o servicios útiles, es "elevar" ese combustible, pues está cumpliendo el fin propio para el que Dios le creó: ser "dominado" y servir mejor al hombre y el hombre a Dios.

S. S. Juan XXIII luego de afirmar una vez más que la Iglesia "apoya y promueve" el "desarrollo técnico" hace notar que además "muestra el camino por donde de toda invención se pueden lograr beneficios no sólo de orden material, sino también espiritual, de modo que la cultura de la mente y el bienestar general se vean acrecentados".

A Dios no se le sirve bien con la mediocridad: una plantación mal hecha, una fruta que se pudre antes de tiempo por no haberse usado el insecticida adecuado, una fábrica manejada con descuido, no contribuyen al orden divino.

En particular la miseria es un defecto aún mayor porque es un impedimento para la salvación del alma.

El hombre no ha sido hecho para la tierra, debe desapegarse de las riquezas, pero la caridad fraterna hace que sea un deber el trabajar para que esas riquezas sean

puestas al servicio de todos. El padre de familia debe contar con la Providencia, pero también debe dar pan y pescado a sus hijos (Mateo 7, 9). Puede también tener reservas, siempre que esté dispuesto a ayudar al prójimo con ellas. (Lucas 11, 5).

Sabemos que no se puede servir a dos señores: a Cristo y a las riquezas. Pero se puede y se debe servir a Cristo con las riquezas, entendiendo por tales no sólo a la económica, sino la técnica, la cultural, la de saber apreciar la belleza. Hacen falta ricos con espíritu de pobres, no sólo para que ellos mismos puedan entrar en el Reino de los Cielos, sino para que las riquezas multipliquen las riquezas; solamente si las riquezas están manejadas por ricos con espíritu de pobres serán un verdadero factor de desarrollo.

El cristiano no puede reducirse a ser un mero espectador de las maravillas de Dios cuando ve como la figura de Jesucristo está deformada en millones de seres humanos: su caridad lo apura a comprometerse a su servicio para construir con ellos un mundo más humano.

La Iglesia reconoce que "la irresistible aspiración a conseguir una conveniente felicidad, aún en la tierra, la puso en el corazón del hombre el mismo Creador de todas las cosas" y para ello nos invita a trabajar, sin falsas ilusiones pero sin debilidad en el mejoramiento de este mundo que pasa, poniendo al servicio de la caridad todos los recursos del hombre y del universo.

Señores:

No necesito mencionar que ni en el campo de las realizaciones ni mucho menos en el de las ideas, no debemos tener ningún complejo de inferioridad frente a los marxistas.

Todo lo ya expuesto confirma que la esperanza auténtica en un mundo futuro, lejos de inducir al cristiano a desinteresarse de este mundo, lejos de impedirle valorizar el universo, al contrario se lo exige como uno de los deberes más imperiosos y más urgentes.

San Juan Crisóstomo dice: "Dios no nos ha enseñado a pedir "hágase tu voluntad en mí" o "en nosotros" sino "en la tierra". Es ahí donde debemos... enseñar la verdad... y predicar la virtud... para que la tierra sea tan floreciente que llegue a parecerse al cielo".

Los cristianos queremos el desarrollo tanto como los marxistas, pero nos diferenciamos de ellos en dos puntos de gran importancia. El primero es que ante todo propugnamos la promoción del hombre, porque el hombre es de Dios.

En cuanto al segundo, se deduce de la siguiente clasificación de actitudes posibles frente al mundo, que a la vez puede considerarse una síntesis de lo tratado hasta aquí:

- a) La de quienes condenan al mundo: los rigoristas.
- b) La de quienes quieren poseer el mundo: los marxistas.
- c) La de los cristianos, que también queremos tomar posesión del mundo, pero para luego ofrecerlo.

Queremos conquistar todo: la materia, sin la cual no habría pan, no habría vino, no habría hostias, no habría Misa; y el espíritu, que es un requisito para la fe y el amor.

Todo queremos conquistar, todo queremos enriquecer, pero no para satisfacer ningún ansia de dominio sino para tener más que ofrecer a Dios.

Tal vez esto último pueda parecer una expresión literaria interesante y bonita pero sin consecuencias prácticas. Pero las tiene, y muchas.

Para tomar un ejemplo, la aplicación de estos principios a la educación de la adolescencia significa propiciar el desarrollo de los jóvenes en todas sus facetas, en lugar de lamentarse que hoy en día no se los puede tener tan "protegidos" como anteriormente. Pero paralelamente enseñándoles a "darse", a "ofrecerse", subrayándoles que el objetivo del desarrollo no es el beneficio propio sino el ajeno. Es decir que si a un muchacho se lo alienta a hacer andinismo, simultáneamente hay que hacerle presente que ello no es para que él luego tenga audaces historias que contar para provocar la admiración de las chicas -por más que ello en sí mismo no tenga nada de malo- sino para tener más salud y adquirir mejor dominio del cuerpo y así ser más apto para, llegado el caso, defender a un débil.

De este modo se le enseña a concebir la salud como un instrumento, y que un buen cristiano con buena salud puede, en lo temporal, actuar más eficazmente que si la tuviera mala, y por lo tanto será más lo que pueda dar, para beneficio de sus hermanos y gloria de Dios.

TERCERA PARTE

CONDICIONES PARA UN DESARROLLO HUMANO

Si bien está implícito en los capítulos precedentes que no todo desarrollo es beneficioso por sí mismo, dado que el concepto corriente del mismo -que difiere del

cristiano mucho más de lo que se cree- contiene gérmenes que lo pueden volver hasta inhumano, estimo imprescindible mencionar siquiera en forma muy somera algunas de las condiciones para un desarrollo humano.

a) Metas y límites del Desarrollo:

La primera condición es tener plena conciencia que el desarrollo no es un fin en sí mismo. Su fin es el servicio del hombre, la promoción integral del hombre de todos y de cada uno de los hombres y sus familias.

De nuestro mundo creado por amor, para cumplir un designio de amor, el hombre es rey. No por ser el más hábil de los seres vivos, sino por ser el único capaz de amar, el único capaz de responder por amor al amor divino.

Dios ha hecho todo lo demás para que esté al servicio de ese ser privilegiado y de ese modo al servicio del amor.

Por lo tanto las metas del desarrollo deben tener en cuenta todas las exigencias de la naturaleza humana, que se manifiestan en la cuádruple vocación del hombre: cósmica (o material), espiritual, divina y social.

El hombre es cuerpo, es materia, y como tal está ligado al universo material. Necesita pues bienes materiales, como ser alimentación, vivienda etc... Un desarrollo auténtico no sólo debe asegurar a todos los hombres un nivel de vida humano mínimo sino garantizar una distribución equitativa de los bienes producidos no sólo dentro de un país, sino de un país con respecto a otro y de una generación a otra.

Pero el hombre no es solamente cuerpo, no es solamente materia, es también espíritu, y por lo tanto necesita bienes humanos, propios de su naturaleza racional y libre. Para ello el desarrollo debe ampliar la esfera de la libertad ya que el hombre, si tiene mayores posibilidades de elección puede expresar mejor su dignidad humana y asumir más plenamente su responsabilidad personal. Además debe favorecer el progreso de la cultura por cuanto "no sólo de pan vive el hombre" sino también de valores intelectuales, morales, técnicos y estéticos.

En tercer lugar el hombre es un ser que marcha hacia su fin último que es Dios y en consecuencia también necesita bienes sobrenaturales, que le den su perfección suprema. El desarrollo no debe entorpecer sino más bien favorecer la relación del hombre con Dios.

Los tres aspectos ya analizados configuran la vocación personal del hombre. Pero éste es asimismo un ser sociable, que tiende a vivir en sociedad con los demás. El desarrollo debe favorecer la vocación social y promover la realización del bien común de la sociedad.

Este análisis de la naturaleza del hombre tal vez parezca que nos aleja un poco del tema, pero es todo lo contrario. Son ideas las que mueven el mundo y si se parte, aún de toda buena fe, de bases falsas o mismo parcialmente erróneas, las consecuencias finales estarán muy alejadas de la correcta solución.

Por ejemplo nuestro concepto cristiano del desarrollo, el integral, no debe ser confundido con el mero progreso material, que es solamente una parte, necesaria pero no total, del desarrollo y que suele producir un "tipo" de desarrollo humano, de conocimientos más que de cultura, cuyos resultados están a la vista. Si fuera esa la única medida del desarrollo, Platón, Aristóteles, César, Augusto, San Agustín, correspondería que fueran clasificados como "subdesarrollados", por no mencionar a San Pedro -pescador- o a San Pablo -tejedor-. Pero las ideas de todos ellos, por más que no supieran escribir a máquina ni manejar un receptor de T.V. continúan influenciando al mundo.

Otro caso interesante, que merecería varias horas de análisis detallado, es el de los norteamericanos, ingleses y turcos tomados prisioneros en Corea por los comunistas, que fue objeto de un informe oficial por el Ejército Norteamericano, que luego valientemente fue hecho público. El hecho es que los turcos fueron los que demostraron más resistencia al "lavado de cerebros" y los que menos perdieron el espíritu de solidaridad a lo largo de los meses de cautiverio; los norteamericanos fueron los más vulnerables y, entre ambos, estaban los ingleses. El informe terminaba planteándose si el tipo de educación, de desarrollo, del soldado norteamericano medio y si el alto nivel de vida de que gozan los habitantes de ese país no era un factor de debilitamiento para enfrentar los embates físicos y morales de los comunistas.

De mis tiempos de oficial de Marina recuerdo algo semejante entre los conscriptos de diversas partes del país. Los de las grandes ciudades eran mejores que los del interior para interpretar un manual, desarmar una ametralladora atrancada y demás actividades que requerían un cierto tipo de educación; pero en cambio era entre ellos que solían encontrarse los más "vivos", los que no decían totalmente la verdad o esquivaban los trabajos duros o peligrosos y uno se preguntaba: "Si tuviera que elegir 10 marineros para llevar a cabo una misión de guerra real, con tensiones físicas y psicológicas inesperadas e intensas, ¿a cuáles llevaría?"

Tampoco debe identificarse el desarrollo con obras públicas de esas a que se le atribuye "prestigio internacional", como la autoruta proyectada a Mar del Plata cuyo

principal beneficiario hubiera sido apenas una fracción de la población y eso durante tan sólo 24 ó 28 días al año, y que hubiera significado dejar de hacer otros caminos, más convenientes para la producción o distribución de bienes útiles a todos, de una longitud equivalente a todo el largo continental de nuestra Patria.

Un progreso que no mire sino el confort material, o al prestigio, no es verdaderamente desarrollo humano. Llegaríamos al caso extremo del caballo del Emperador Calígula que pastaba en un pesebre de oro, ¡a expensas de cuántos esclavos mal alimentados y alojados!

Merece alabarse a este respecto la decisión tomada en Chile de no autorizar las numerosas inversiones en divisas que, directa o indirectamente, supone la T.V., hasta tanto sean remediadas las consecuencias del terremoto que asoló el Sur del mismo, prefiriendo anteponer las necesidades reales a los argumentos de quienes sostenían que por no tener T.V. ese gran país iba a ser considerado por la opinión pública internacional como subdesarrollado.

Espero que estos ejemplos dejen bien establecida la importancia de tener conceptos claros en cuanto a las metas del desarrollo, pues sólo así tendremos un criterio para fijar prioridades (.. ¿A qué es preferible destinar el cemento o el dinero disponible: a viviendas y escuelas o a estadios olímpicos u oficinas públicas grandiosas de acuerdo a la jerarquía de la ciudad"?) y métodos ("¿Respetando la libertad o subordinando absolutamente todo a un único sistema presuntamente de mayor eficacia?" . Los marxistas por ejemplo la descartan totalmente aún en el plano teórico, buscando el desarrollo a expensas de la libertad y por lo tanto de la dignidad del hombre, y sólo hacen concesiones a este principio por razones circunstanciales, como ocurre últimamente en Rusia en las granjas colectivas).

Es evidente también que el desarrollo tiene límites. El progreso humano, incluso en lo moral, no es lo más estimable del mundo: ser sano, cultivado, dominarse uno mismo los instintos y las reacciones, tener los conocimientos necesarios para la intensa utilización de la materia y consiguientemente hacer grandes obras, todo ello tiene un valor real pero secundario.

Lo primordial es el deseo de vivir con espíritu de hijos del Padre Celestial. Al hombre adulto de hoy, enérgico y rico, inventor del motor a chorro, T.V. y bomba atómica, el Evangelio le recuerda, hoy como siempre, la necesidad de tener alma de niño. El texto sagrado proclama que entre un hombre cultivado, por inteligente y voluntarioso que sea, si tiene el corazón cerrado a la gracia por el orgullo, entre este superhombre y el salvaje, pobre física y materialmente, pero abierto con alma ávida a la Redención, no hay comparación a los ojos de Dios.

Recordemos el caso de esos médicos que hacían experimentos con los seres humanos internados en campos de concentración, hombres que se habían doctorados en universidades de uno de los países más cultos de Europa, probablemente conocedores de varios idiomas y amantes de la música clásica, del arte en cualquiera de sus expresiones y aparentemente con todas las características de lo que la concepción usual de desarrollo califica como tal. ¡Pero qué falta total de valores realmente humanos! Tenían muchos conocimientos pero ese no es el ideal del progreso humano, del auténtico desarrollo.

b) Uso debido de los bienes materiales:

Hemos visto cuán grande es el valor de los bienes creados, como ninguno de los valores humanos será destruido sino "asumido" en los "nuevos cielos y nueva tierra", -es decir que tienen valor de eternidad-, y que, más aún, la materia, -así como en el presente en los Sacramentos es el vehículo de la gracia:- será puesta algún día en un estado capaz de dar expresión no sólo al espíritu humano sino también al espíritu divino, siendo éste lo que le dará su máxima dignidad y belleza.

Los bienes materiales, sostén de nuestra vida, son también un medio de expresar el amor y deben ser instrumentos de la unidad. No deben servir solamente para unimos a Dios mediante la acción de gracias, sobre todo, como ya vimos, mediante el ofrecimiento en la Misa, sino que deben servir para unirnos unos a otros, para unimos en una comunidad fraterna.

Es así que la materia, -después de la Encarnación- se ha vuelto amigable por ser el instrumento de un futuro sobrenatural beatífico y el terreno donde viene a nuestro encuentro el amor de Dios.

Recordemos como por medio de los sacramentales, ¡tan poco utilizados entre nosotros!, la materia se convierte en algo que irradia la presencia de Dios. Por ejemplo la bendición de un automóvil (no me refiero a la colocación de una imagen bendecida de San Cristóbal, que es muy distinto) tiene efectos naturales (por ejemplo puede hacer que no me distraiga y choque) y también sobrenaturales (que use el auto para mayor gloria de Dios).

"Las cosas creadas son la sonrisa de Dios" dice San Ireneo. Debemos no sólo no acaparar sino, en la medida de nuestras posibilidades, multiplicar la sonrisa de Dios.

Pero no debemos olvidar que el valor de lo creado proviene de haberlo recibido de Dios, y que el mundo no es el don más alto que Dios nos da. Por lo tanto no debemos apegarnos indebidamente a los bienes materiales y menos a dedicarnos únicamente a gozar de ellos. El dominio del universo de que habla la Biblia es un dominio propio del hombre, dominio que exige una superación espiritual.

Tengamos pues cuidado. La creación es tan hermosa que ante ella no hay más que dos caminos: o la idolatramos o lo ofrecemos a Dios.

c) Verdadero sentido del trabajo:

El trabajo es no sólo el factor que más influye en el desarrollo sino que en él se refleja y aplica prácticamente todo lo tratado hasta este momento.

El paganismo consideraba el trabajo como algo vil, propio de los siervos, "obra servil"; el marxismo considera al hombre esencialmente como un trabajador, consagrado únicamente al perfeccionamiento del cosmos; en cambio el cristianismo señala la eminente dignidad del trabajo en función de la vocación divina de la humanidad: el trabajo no es un fin en sí mismo, sino que debe favorecer el desarrollo del hombre, del mundo y del reino de Dios.

Es así que el cristianismo considera que el trabajo:

- perfecciona al hombre, en su cuerpo y en su alma, desarrollando su personalidad y disciplinando sus facultades intelectuales y morales. Un haragán obviamente no es un hombre desarrollado.
- presta un servicio a la humanidad, no sólo por que con su trabajo cada hombre colabora al bien común, sino porque es un factor de unión entre los hombres por ser una experiencia reconfortante de amistad y exponente de solidaridad humana.
- es dominio de la materia en colaboración con Dios, pues por medio del trabajo el hombre domina la materia y "humaniza" la tierra, continuando en cierto modo la obra de la creación al transformar y hacer utilizables por el hombre los bienes creados. Un campo bien sembrado con trigo es más "humano" que si estuviera lleno de malas yerbas, porque de aquel modo presta un servicio mayor al hombre.
- es servicio de Dios y colaboración con Él en Su obra redentora, si el hombre lo ejecuta con recta intención y la gracia de Dios. En tal caso el esfuerzo que desarrolla y el dolor que experimenta trabajando hace participar al hombre del misterio del sufrimiento redentor, extendiendo los frutos de la Redención y fecundando la civilización con fermento evangélico

d) del "espíritu técnico"

Este tema merece ser tratado independientemente porque existen dos tendencias extremas a su respecto, ambas nocivas. Una de ellas cree que basta encontrar un número suficiente de hombres inteligentes y provistos de "espíritu técnico" para que se puedan solucionar todos los problemas y la otra, sin llegar a despreciarlo del todo, tiende a dejar de lado el "espíritu técnico" creyendo que basta con "buena voluntad".

El espíritu técnico sin duda es necesario. El desarrollo requiere una acción correcta, es decir según las normas de la moral pero también según las reglas de la técnica.

Si un experto en moral pero lego en medicina, aún estando en estado de gracia, llevara a cabo una operación de apendicitis, es más probable que la misma salga mal que si hubiera sido efectuada por un hábil cirujano pagano, pues carecería de los necesarios conocimientos técnicos. (Pero si el cirujano además pidiera humildemente a Dios que lo ilumine y dirija su mano, el éxito sería aún más probable).

Es necesario pues el espíritu técnico: esforzarse por ver la realidad tal cual es, tener un criterio objetivo y desapasionado, actuar enérgica y eficazmente.

Pero ello también tiene sus límites. Como consecuencia del pecado el hombre tiende al abuso aún de lo bueno. En este caso puede llegar a idolatrar su propio esfuerzo, la objetividad científica puede convertirse en una concepción del hombre como mero miembro impersonal de una sociedad -un número de ficha, un elemento más para las estadísticas- y el afán de eficacia puede llegar a tal punto que distorsione el sentido del trabajo y afecte al trabajador.

Es necesario actuar con premeditación y cálculo, buscando inteligentemente el mejor camino para el éxito, pero el hombre que quisiera hacer todo "con cálculo" dejaría de ser humano. También hay que tener generosidad sin cálculo, actuando gratuitamente, sin esperar "resultados": ni éxito ni gratitud.

El mal nadador que se tira al agua para salvar al hombre corpulento que intenta suicidarse, aunque "lógicamente" no tenga éxito, no por eso ha dejado de contribuir al acervo moral, al desarrollo, de la sociedad.

Es decir, el "espíritu técnico" es bueno, pero peligroso. Como dijo Pío XII, que dedicó prácticamente todo el Mensaje de Navidad de 1956 a este tema "No es que la técnica de suyo exija la negación de los valores religiosos, pues más bien conduce a

descubrirlos, sino que ese espíritu técnico pone al hombre en condiciones desfavorables para ver, aceptar y buscar los bienes sobrenaturales".

e) Acción solidaria:

El mandato bíblico de "creced, multiplicaos y dominad la tierra" está en plural. Es decir que los hombres tenemos que actuar juntos, unidos, para poder ejercer el dominio sobre la creación. Las riquezas no podrán ser nunca suficientemente multiplicadas a menos que los hombres nos pongamos de acuerdo y actuemos solidariamente.

Voy a citar dos casos. Es fabulosa -varias veces el consumo total de combustibles de la Argentina y Brasil reunidos-, la cantidad de gas natural que se pierde inútilmente en el Medio Oriente por no haber allí quien lo consuma o industrialice. Si se pudiera hacer un gasoducto que pasando por Turquía, Bulgaria, etc. llegara hasta Inglaterra, problema de relativamente fácil solución técnica y financiera, quedarían resueltos en todo Europa Occidental numerosos problemas sociales, económicos y hasta de salud, causadas por el uso domiciliario del carbón cuando hay niebla. Lo que ocurre es que, como consecuencia de la conocida situación política -o, dicho en otras palabras, porque los hombres desconfiamos unos de otros- nadie se anima a hacer la cuantiosa inversión necesaria, con el consiguiente perjuicio aún para los países productores.

El segundo nos toca más de cerca. Por diversas razones técnicas, principalmente que en el Sur de Chile llueve de 6 a 7 veces más que de nuestro lado de los Andes, es más abundante y económica la posible producción de energía hidroeléctrica en esa gran Nación que en la nuestra. Sin embargo, por prevenciones que existen en ambos países, y que sólo poco a poco parece factible eliminar, parece aún lejos el día -¡quiera Dios que este equivocado!- que los Argentinos importemos electricidad de nuestros hermanos, pagándola, por ejemplo, con el envío de gas salteño a las provincias del Norte de ese país, ricas en minerales pero no en combustibles.

f) Descanso dominical:

Otro factor que condiciona el desarrollo es la santificación del domingo. Aún para nosotros, aparte del no trabajar y el no faltar a Misa, ¿hay una diferencia marcada entre este día y los demás?

Y sin embargo, no sólo es éste uno de los mandamientos más importantes, colocado antes que el 5º ó el 6º, sino que tiene una vinculación directa con el desarrollo.

No me refiero al aspecto negativo, resumido bien claramente por la Santísima Virgen en su aparición en La Salette cuando manifestó que si se perdían las cosechas era por haberse dejado de lado este precepto, sino al sentido pleno del descanso dominical.

Como su nombre lo indica -sabemos todos que domingo proviene de "Dómine", Señor-, es el "día del Señor" y tiene a la vez varios significados, a cuál más rico.

Es, más que un recuerdo, el memorial de la Resurrección ya pasada, la fiesta del Señor Resucitado y presente entre los suyos en la Misa, y finalmente es también el "octavo día" del Señor, el anticipo del futuro.

Los dos primeros son bien conocidos y no tienen vinculación directa con este tema de modo que prefiero detenerme en el tercero. Así como hoy vivimos en el Séptimo Día de la creación, día del reposo de Dios y del trabajo del hombre, el domingo es el "octavo día", anticipo de aquel en que también reposará el hombre. Si bien es cierto, como hemos visto, que el trabajo nos asemeja a Dios, la participación en el sagrado reposo de Dios lo hace aún más.

Quien en la Misa Dominical, en la adoración que precede al "Ite Missa est", busca el centro de gravedad de su trabajo, encontrará el equilibrio para fijar un límite al trabajo; lo hará redentor al unirlo deliberadamente al misterio pascual y además trabajará alegremente, pues el descanso dominical restaura y libera la alegría creadora al hacer participar conscientemente al hombre en el soberano dominio de Dios.

De cumplirse el precepto dominical ocurrirá que el trabajo no dividirá a los hombres; será siempre, como consecuencia del pecado original, un castigo, pero un yugo que unirá, porque será llevado conjuntamente, alegremente, con el sentimiento de estar llevando a cabo una obra común, movidos por el mismo amor.

g) Evitar las dos grandes tentaciones de nuestra época.

La primera gran tentación del cristiano comprometido en la transformación del mundo es dejarse entusiasmar por un "mesianismo temporal" y dejar a Dios de lado: es lo que se llama "naturalismo".

Hay quienes creen que con una organización racional del universo se solucionarían todos los problemas. (Una variante de la misma idea es que si el mundo estuviese dirigido por hombres capaces y de buena voluntad ello por sí solo sería suficiente). Pero no basta; el esfuerzo humano necesita una redención y la redención no puede venir del hombre por sí solo. El hombre no es ilimitadamente perfectible; el dogma del pecado original y la experiencia diaria del pecado, dentro y fuera de uno mismo, dan testimonio de ello.

La "encarnación" del cristiano en el mundo no será realista a menos que tenga en cuenta, en cada momento, no sólo la grandeza sino la miseria del hombre que se ha comprometido a servir y redimir. No hubo más que una Encarnación, y ésta fue redentora. El sacrificio de Cristo, la Cruz, está en el centro de todas las perspectivas terrenas. Una solución que pretendiera dejar la cruz de lado sería precaria, estando continuamente propensa al desequilibrio a causa de las tendencias desordenadas que hay en todos nosotros.

La segunda tentación es pretender poner a Dios al servicio del hombre. Esta se encuentra con frecuencia aún entre católicos. Desde la gran obra de Chateaubriand a principios del siglo pasado, en nuestro afán de defender a la Iglesia, decimos con razón que ella promueve la civilización y que si todos los hombres fueran buenos cristianos habría menos delincuencia infantil y demás plagas sociales en continuo aumento.

Todo ello es cierto. Y es bien justificada, aún por su utilidad social, toda ayuda que se dé, por ejemplo, a colegios religiosos o toda facilidad que se preste para enseñar la moral cristiana.

Pero a pesar de ser verdad que Cristo nos envía para redimir al mundo y hacer esta tierra más habitable por el hombre, detenerse ahí es falsearlo todo, es olvidar lo principal. Hay que ver claramente y tener el valor de decir, que el fin último de nuestra acción no es dar Dios al hombre para que éste sea más feliz, sino el hombre a Dios para que El sea más amado; no amamos a Dios por amor del hombre, sino al hombre por amor de Dios.

h) Visión clara de los riesgos:

El desarrollo es bueno en sí mismo, es un imperativo, y hay que procurarlo enérgicamente. Pero, como antes de toda acción, hay que prever cuáles son los riesgos posibles, teniendo en consideración que la prudencia no es la virtud que impide la acción sino la que lleva a elegir el camino más apto para lograr mejor sus objetivos.

Hemos visto que el progreso técnico es portador de valores que afectan tanto a la persona como a la sociedad, aumentando los medios de que dispone el hombre. Por ejemplo si un hombre quisiera transmitir su pensamiento a distancia, gritando sólo lo logrará a una o dos centenas de metros; pero el invento del radioteléfono le permite comunicarse con Europa, es decir le permite proyectar su personalidad a distancias mayores.

Pero ese aumento en los medios significa opciones más amplias. Un hombre que posee un auto, no sólo puede ir a veranear más lejos que aquel para quien el ómnibus es el único medio de transporte, sino que puede elegir el lugar entre el número mucho mayor de sitios que el mismo pone a su alcance. Es decir, tiene mayor libertad; y sabemos que ese aumento en la esfera de la libertad es deseable en sí, pero trae aparejado mayores responsabilidades:

A lo mejor ese mismo automóvil le permite conducir a 150 ó 100 Km./hora. Pero ¿"puede" hacerlo? ¿No pondría en peligro no sólo su vida sino la de los demás? La posibilidad física debe estar regulada por el sentido moral de la responsabilidad.

Y además existe el pecado. Ni el mundo ni el hombre son malos, pero el hombre está inclinado al mal. No hay que tener demasiadas ilusiones; hasta el fin del mundo éste será un mundo caído; librado al egoísmo individual y colectivo. El mismo San Pablo decía: "No hago el bien que quiero sino el mal que no quiero" (Rom. 7, 19).

El pecado ha destruido la armonía y por lo tanto hay que prever que el uso aún de las cosas legítimas puede degenerar en abuso. De todo se puede abusar hasta de la confesión frecuente, que puede volverse algo rutinario o de fomento de escrúpulos.

Desde que el pecado ha creado en nosotros una tendencia a considerarnos como fin de todo, no hay relación con las creaturas que no se convierta en tentación de gozar de ellas egoístamente, con desprecio de los derechos ajenos y del amor exclusivo de Dios.

Por lo tanto el progreso material de este mundo, corrompido por el pecado, tiende a degenerar en materialismo, el confort en egoísmo y la riqueza en olvido de los que no la comparten.

Dios, que nos habla también por medio de la naturaleza, nos hace notar el peligro de todo exceso. La medicina moderna confirma que un medicamento tomado por quien lo necesita hace bien, pero si es tomado por una persona sana trae perturbaciones y que el exceso de vitaminas produce males tan graves como la falta

de ellas; mejor dicho no solamente de igual gravedad sino que las enfermedades son muy semejantes.

Una civilización que, como la occidental, está cada día más orientada hacia el dinero, el lucro, que prefiere a Mammón antes que a Dios, o que, como la comunista, está centrada en la voluntad de dominar, necesariamente se vuelve inhumana.

El desarrollo económico por sí solo trae consigo un mayor bienestar material; el mayor bienestar no sólo habitúa sino que suscita indefinidamente nuevos deseos a satisfacer, tanto más cuanto más sofocadas estén las posibilidades del alma: cuando tenemos radio queremos una televisión, cuando tenemos ésta queremos un auto y luego no nos sentimos satisfechos hasta haberlo cambiado por uno mejor, y así indefinidamente, hasta el punto que cada vez más cosas superfluas se consideran "necesarias".

Un desarrollo que fuera solamente económico, considerado como un fin en si mismo, tarde o temprano deberá afrontar las consecuencias de su desequilibrio respecto al hombre, y lleva fatalmente al desorden y a la tiranía. Es así que los regímenes marxistas necesariamente son tiránicos, dado que sólo procuran resolver los problemas económicos.

El éxito terrestre no favorece la santidad a menos que los hombres respondan a la gracia. En caso contrario es ocasión de una caída aún más pronunciada; cuanto mayor es la altura de que se cae, más grande es el golpe. Ya los romanos tenían un proverbio: "Corruptio optimi pessima".

Si bien el progreso abre a la libertad humana posibilidades más grandes y un número mayor de opciones posibles, si bien nos permite optar por Dios más conscientemente, con mayor madurez, al mismo tiempo nos pone más obstáculos y hace más difícil que optemos por el camino de la caridad. Es difícil para un rico no ser egoísta -lo dice el Evangelio y la experiencia diaria lo confirma-.

La altura tiene sus riegos y uno de ellos es el vértigo. La humanidad, al sentirse capaz, como ahora, de tantas realizaciones hasta hace poco consideradas imposibles, le es más fácil aceptar el mismo susurro que ya oyeron Adán y Eva en el jardín de Edén, y acceder a la tentación del orgullo: "seréis como dioses.. ". En otras palabras, como dice el proverbio, "en el don está la tentación": un hombre apto para mandar tiene más tentación de ejercer poder que el que carece de esa aptitud.

Otro peligro es que cuanto más "en serio" tomemos al mundo- y hay que hacerlo- más nos arriesgamos a quedar fascinados por él. Podemos tomarle tanto gusto al arreglo de la ciudad terrena que nos olvidemos de lo que esa ciudad debe reproducir y hacia lo que ella nos conduce: el Reino de Dios.

Todo trabajo, todo dominio del mundo que no esté ubicado en su debido lugar en la debida jerarquía de valores, que no respete la esencial supremacía de la persona humana, es un paso atrás que crea una servidumbre, deshumaniza; es la confirmación de la vieja verdad que la humanidad sin divinidad degrada hasta la bestialidad.

A la luz de estos principios analicemos si el cohete ruso que puso en órbita a Gagarín representó un paso adelante en el auténtico desarrollo.

¿Es una expresión del dominio del hombre sobre la naturaleza? Evidentemente que sí, que ha vencido la fuerza de la gravedad. ¿Representa un progreso del hombre en el dominio sobre sí mismo? La contestación también es positiva, dado las necesariamente bien estudiadas precauciones médicas y el auto-dominio que demostró el astronauta. ¿Este triunfo del hombre, fue puesto al servicio de los demás hombres, sus hermanos? No. No solamente no se puso a disposición de los demás las informaciones adquiridas sino que el prestigio adquirido fue inmediatamente utilizado para aumentar las amenazas de destrucción de los países que no participan de las ideas del gobierno ruso. Es decir fue utilizado para procurar dominar, "explotar", a otros hombres.

Pero aún más, fue usado, o pretendido usar, directamente contra Dios. El lanzamiento se produjo el día que celebramos la Ascensión del Señor y la prensa comunista aprovechó para recalcar que a partir de entonces sí se podrá festejar ese día por ser el de la verdadera ascensión, la del hombre, la del hombre impulsado por el hombre, y no la del Hijo del Hombre llevado por Dios.

En resumen, en mi opinión personal, del análisis de las informaciones difundidas por la prensa se desprende que la contestación al interrogante es negativa.

De todo lo expuesto surge claramente que la caridad es a la vez el motor y el freno del desarrollo. Motor porque invita al hombre a poner sus talentos al servicio de sus hermanos; pero también es freno porque pone límites para que el desarrollo no se vuelva desenfrenado, inhumano.

¡Cuántas muertes innecesarias se han producido en la construcción de obras públicas muy convenientes pero llevadas a cabo sin las debidas precauciones para los trabajadores! ¡Cuántos murieron de malaria en la construcción del Canal de Panamá hasta que vino un jefe que comenzó por donde siempre se debió haber comenzado - cuidar los hombres- y de esa forma no "demoró la obra" sino que al contrario, aseguró su éxito!

Como dice Mater et Magistra:

"La Iglesia ha enseñado en todo tiempo y sigue siempre enseñando que los progresos científico-técnicos y el consiguiente bienestar material son bienes reales; y por lo tanto señalan un paso importante en la civilización humana.

Pero ellos deben valorarse por lo que son según su verdadera naturaleza, es decir como bienes instrumentales o medios que se utilizan para la consecución más eficaz de un fin superior, cual es el de facilitar y promover el perfeccionamiento espiritual de los seres humanos tanto en el orden natural como en el sobrenatural.

Resuena, como un aviso perenne, la palabra del Divino Maestro: "¿y que aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde el alma?".

CONCLUSIÓN

a) Necesidad de la gracia de Dios:

Hay que "estar" en los problemas temporales, pero no quedarnos prisioneros de los problemas temporales. La gran tarea de la hora presente es la animación espiritual del orden temporal, la reintegración de todos los valores profanos en una concepción total de la vida y del mundo según Cristo.

Un universo redimido no puede ser más que un universo puesto al servicio de la caridad. Pero hemos visto que no se santificará la acción del desarrollo, por ejemplo en lo educacional, por el solo hecho que se dediquen a ella cristianos buenos si son poco capaces, como no se cristianizará la medicina por médicos muy cristianos pero incompetentes, pues sólo lograrían el desprestigio de ellos mismos y de sus ideas.

Sin embargo también es exacto que los verdaderos valores humanos no pueden ser alcanzados plenamente sin la gracia, pues ésta no sólo ayuda a preservar de las tentaciones que pueden desviar del verdadero fin, sino que hace posible -por así decir- el rendimiento total de la naturaleza.

Actuamos de acuerdo con lo que somos. Si estamos en estado de gracia, somos en el mundo un elemento de armonía y reproduciremos en él, aún sin quererlo, alguna parte de la imagen de Dios en nosotros.

Si estamos llenos de pecado, de egoísmo, de orgullo, de avaricia, haremos también un mundo conforme a lo que somos, pero ya no será a imagen de Dios sino a la muestra: las corrientes de opinión y las estructuras sociales que conscientemente o no contribuiremos a formar estarán marcadas de nuestros pecados. Es semejante a lo que ocurre con ciertas mujeres que suscitan entre los hombres lo que no deberían; otras, en cambio, aún sin decir palabras elevan enseguida y con su sola presencia el nivel de una conversación.

Las instituciones sociales no podrán ser mejoradas sino, en la medida que sus animadores se liberen de sus propios pecados y lleven espiritualmente su parte del peso de los pecados del mundo, triunfando así de las causas del mal. Pero ello no es suficiente. Las instituciones no han nacido en un vacío, sino que son fruto de las mentalidades colectivas. La institución de la esclavitud no era solamente algo

jurídico sino toda una mentalidad. Hasta un Aristóteles creía que era tan natural que hubiera esclavos como que hubiera asnos o gallinas; no tenía la gracia de conocer la Revelación y su visión, por inteligente que él haya sido, era limitada.

Por ello es necesario el deber de apostolado, de evangelización, de contribuir a hacer participar de la vida de la gracia, pues el hombre sin ella es capaz de hacer un cierto bien, y en consecuencia de contribuir en alguna medida a mejorar las instituciones, pero no puede, sin la ayuda de la gracia, realizar todo el bien humano que le sería posible. Aún más, sin ella tampoco podrá llevar a cabo durante mucho tiempo un verdadero bien, aún en una esfera de acción limitada, pues nuestra naturaleza caída tiene necesidad de ser continuamente enderezada.

Por eso, porque la vida de la gracia ayuda el proceso natural de desarrollo, es urgente, además de por los conocidos motivos apostólicos, para el buen orden del mundo, no solamente que los cristianos tengamos una actuación propia conforme con la gracia en nosotros, sino que trabajemos para que la gracia llegue al mayor número posible de nuestros hermanos. El poner al hombre en comunión con Dios es una manera indirecta, pero sin par, no sólo de conducirlo a ser mejor hombre sino de que la morada terrestre se vuelva menos inhospitalaria, pues el don de la vida divina no sólo libera del mal sino que perfecciona la naturaleza.

Sólo en la unión de la naturaleza y de la gracia es posible la expansión humana y su orientación hacia Dios según el orden querido por Él.

b) Concepto auténtico del Desarrollo:

El auténtico desarrollo debe estar al SERVICIO DEL HOMBRE y promover sus relaciones:

- con respecto a la naturaleza, dominándola por medio de la TÉCNICA.
- con los demás hombres, contribuyendo a todo lo que permita formar una auténtica COMUNIDAD HUMANA.
- con Dios, favoreciendo la marcha de la creatura al encuentro de su Creador, continuamente alimentada y orientada por la ADORACIÓN.

Técnica, acrecentamiento de la comunidad humana y adoración son las tres actividades necesarias a todo auténtico desarrollo. Si faltase alguna de ellas o se intensificase desmedidamente una sola a expensas de las demás, el desarrollo quedaría distorsionado y, tarde o temprano, perdería vitalidad aún aquel aspecto sobre el que se ha insistido en forma desproporcionada. También lo contrario es exacto. El pecado, ruptura con Dios, es también ruptura con los hombres y

disminución de nuestra auténtica personalidad. Es decir EL PECADO TRABA EL DESARROLLO.

c) Los hombres de A. C. y el Desarrollo:

Hemos visto que existe una vocación de la humanidad a desarrollar el mundo y una vocación de todo hombre a la vida divina. Ambas están muy vinculadas entre sí: para un gran número de personas el desarrollo del mundo es un factor que influye en el acceso a la vida divina y, por otra parte, sin la visión que provee la fe, la humanidad cae en el orgullo o la confusión, o desespera de su futuro.

Miremos por ejemplo a Europa, que nunca ha tenido un desarrollo económico y cultural mayor que el de ahora y sin embargo la angustia es la nota predominante de su literatura, cine y teatro, como lo fue la de los romanos en la época de su brillantez externa y decadencia interna.

Por lo tanto, para que el mundo logre su fin temporal son necesarios hombres que a la vez sean capaces y evangélicos, dedicados a una acción temporal auténtica pero cuya savia proviene de la vinculación con una motivación y acción espiritual, porque la buena voluntad, la justicia y demás virtudes que el mundo necesita tanto, aún para su bienestar, no residen en las cosas sino en las almas.

El cristiano debe pues comprometerse tanto en el desarrollo del mundo -que será imperfecto sin su contribución- como en la obra del apostolado, sin la cual el mundo carecerá de la luz divina que necesita imprescindiblemente para organizar la vida de los hombres.

Amigos, en ambos campos y en la medida de nuestras posibilidades, ¿nuestro puesto no es acaso el de estar a la cabeza dado que más que otros laicos deberíamos estar unidos a Cristo?

Analicemos la posible acción individual de cada socio. Quien desea el desarrollo de los demás debe, ante todo, esforzarse en procurar el propio desarrollo y, actuando con un cristianismo profundo, dedicarse a la consagración del mundo, eminente función del laico.

No se trata de un mero "perfeccionamiento" de uno mismo, de saber por lucirse, de saber por tener un título o incluso saber por saber, sino de un desarrollo que permita tener mucho que dar; un desarrollo relacionado con Dios y con el prójimo a fin de dominarse y capacitarse para continuar más activamente la Creación y la Redención.

Citaré tres casos. El primero es con respecto a uno mismo, el segundo con respecto a los hombres con quienes la Divina Providencia nos ha puesto en contacto y el último se refiere al desarrollo de aún aquellos que no conocemos.

Si buscamos en el Evangelio alguna referencia a la toma de posesión del mundo por el hombre, recibiremos una sorpresa.

No se le promete a quien trabaja desde la primera hora, ni al hermano mayor del hijo pródigo -el que cuidaba el patrimonio familiar-, ni tampoco, a modo de premio, a quien tiene hambre y sed de justicia. No. El Evangelio dice: "Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la Tierra". Es decir asegura que esta virtud de la mansedumbre, tan despreciada por el mundo de hoy, orgulloso y ávido de dominio, resulta ser aquella que por premio tiene aún más que el dominio, tiene la posesión de la Tierra.

Muchos creen que la mansedumbre es algo negativo o por lo menos tan sólo pasivo; no la virtud de un héroe sino la de un felpudo que se deja pisotear sin quejarse. En otras palabras, que es la característica de un pusilánime, de un subdesarrollado.

Pero sólo los mansos podrán llevar a cabo una acción verdaderamente eficaz, pues sólo quien previamente ha llegado a un pleno dominio de sí mismo tendrá la calma necesaria para ver claramente las circunstancias y percibir el Plan de Dios. Y por consiguiente actuar suave pero firmemente, condición para dominar el medio ambiente. Solamente la mansedumbre nos hará capaces de luchar contra la injusticia sin tener espíritu de resentidos, de ser activos sin ser agitados y actuar con energía pero sin violencia. En otras palabras, de actuar con eficacia.

¡Cuántas veces la verdad, por haber sido manifestada sin humildad ni mansedumbre, rechazó a quienes debía atraer!

El segundo es ayudar a nuestro prójimo a descubrir todo lo bueno que es capaz de hacer y a desarrollar lo mejor de sí mismo. ¿Quién no conoce un compañero de trabajo o tiene algún amigo o pariente que, por timidez o por falta de decisión, está en un puesto que no está de acuerdo con los talentos que Dios le dio? Debemos contribuir a su promoción, animándolo con nuestro entusiasmo y sosteniéndolo con nuestras oraciones, y así no sólo fomentaremos su desarrollo sino el de la Patria pues -el reconocimiento ha tardado 100 años pero ha llegado- hasta la Economía moderna reconoce que el mayor capital de un país es el trabajo inteligente y organizado de sus hombres.

El tercero puede parecer pueril, pero es representativo de todas aquellas acciones, pequeñas en sí mismas, pero que tienen repercusiones importantes; me

refiero a cerrar canillas. Es tal el desperdicio de agua en la ciudad de Buenos Aires que está a estudio el invertir cuantiosas sumas de dinero en instalar medidores a fin de reducir el consumo. Si se piensa que ese dinero podría en cambio dedicarse a proveer de agua a quienes no la tienen nos apercibiremos de cómo podemos mejorar el mundo cerrando una canilla.

En cuanto a la acción en conjunto, hay un pasaje del Evangelio que es de los más alentadores: "allí donde dos o más de vosotros estén reunidos en Mi nombre, ahí estaré Yo en medio de vosotros". Es decir que no solamente rige cuando nos reunimos para rezar, sino todas las veces que, olvidando nuestras preferencias personales, hacemos en nuestro medio obra divina, actuando juntos para manifestar el amor de Dios al mundo. Cuando en un Centro de Acción Católica los socios se reúnen para estudiar la instalación de una escuela donde no la hay, proveer diversión adecuada a los chicos del barrio o gestionar la formación de una Sociedad de Fomento que promueva el bien común de la zona, ahí está presente Nuestro Señor.

Pero ello no basta, debemos organizarnos de modo que la Rama de Hombres -¿acaso a pesar de nuestras deficiencias, no pasa por ella el Espíritu Santo?- aporte luz, fuerza, orientación, sostén, para ayudar a cada socio en el cumplimiento de sus deberes, aún profanos.

De este modo la acción temporal de los Hombres de A.C. será no sólo irradiante de vida sobrenatural, sino una eficaz contribución al auténtico desarrollo.

Al tener clara conciencia que Dios no es extraño a nada, que todo merece nuestro interés porque *todo* ocupa el de El, seremos más perspicaces y más activos en la solución de los problemas de nuestra época.

Hay mucho que hacer, mucho que, aunque a veces no lo parezca, está a nuestro alcance hacer y por lo tanto debemos hacer. Si usamos bien todos los medios a nuestra disposición, somos más fuertes de lo que pensamos: ¡actuemos!

Pidámosle inspiración y ayuda al Espíritu Santo. "Ven Espíritu Santo, y renovarás la faz de la Tierra". ¡Cuántas veces habremos rezado esta invocación, tal vez en forma algo rutinaria, sin llegar a reflexionar sobre todo lo que significa!

Pidámosle también ayuda a los Ángeles y a los Santos. Ellos constituyen un gran "capital" a nuestra disposición, al que recurrimos muy poco para este fin, a pesar que es la voluntad de Dios que participen en la obra cristiana de restauración de la sociedad. Está expresamente indicado en las Sagradas Escrituras la existencia de ángeles protectores de países y de provincias y sin duda los hay de toda agrupación humana.

También las Escrituras dicen que "los Santos juzgarán la tierra". "Juzgar" en hebreo quiere decir ejercer autoridad, es decir tener dominio. Ellos ya lo están ejerciendo, porque la fase definitiva de la vida cristiana comenzó con la Encarnación, de modo que no dudemos en recurrir a ellos no sólo para pedirles por la acción nuestra sino por todos los problemas de desarrollo que afectan al mundo en general y a nuestra Patria en particular. En especial por todos los que de buena fe, aunque no participen de la totalidad de nuestras ideas, procuran una correcta solución, aún sabiendo que la ejecución de la misma lleva más de un período de gobierno, es decir que serán otros los hombres que cosecharán el fruto.

Invoquemos a San Francisco de Asís, Patrono mundial de la Acción Católica, quien a pesar de su característico desapego a lo material ha dominado más la creación que el ingeniero que haya hecho el dique más audaz si es que en su ejecución ha ahogado su alma y ha quedado, en definitiva, esclavizado a la materia.

Pensemos también en Santa Rosa de Lima, Patrona de Latino-América, cuyo desarrollo es tan insuficiente y distorsionado precisamente por no haberse aplicado a tiempo los principios aquí enunciados. A ella, que tanto hizo directa e indirectamente por el mejoramiento material y espiritual de los hombres de su tiempo, y fue tan amiga de toda la naturaleza -incluso de los mosquitos- pidámosle que acelere y encauce el auténtico Desarrollo Latino-Americano.

Pero en particular tengamos en cuenta a María Santísima, Patrona de la Argentina en su advocación de Nuestra Señora de Luján. En ella la personalidad ya ha llegado a su máximo desarrollo. Ella, es la "obra maestra" anticipada de "los nuevos cielos y la nueva tierra". Su Asunción, preludio de la nuestra, es el anticipo de la creación renovada, de lo que, si Dios quiere, seremos luego de la consumación del mundo.

En Caná Ella intervino para procurar un servicio de orden temporal -obtener vino, bien material no imprescindible del cual tan fácilmente se puede hacer un mal uso- pero con proyecciones a lo trascendente: la bendición de la alegría y la manifestación del Mesías.

Pidámosle a María, "el laico" por excelencia, que nos haga comprender nuestra misión, que nos haga amar nuestra misión y que nos dé la luz, fuerza y alegría para que estemos a la altura de nuestra misión, y así logremos desarrollar al máximo nuestro país, para lograr una Argentina Mejor y así tener más para ofrecer a Dios.

OBRAS CITADAS

- Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino, 1º de Mayo de 1956.
- RAU, E. (Mons.): El Misterio Sacramental de la Iglesia. Ed. Plantín.
- ¿Crecer o declinar de la Iglesia? Pastoral del Cardenal Suhard, Arzobispo de París.
- SMAUS, M.: Teología dogmática, Vol. VII. Los Novísimos. (Trad. del Alemán). Ed. Rialp.
- DILLENCHNEIDER, C.: Marie dans l'Economie de la Création rénovée. Ed. Alsatia.
- CUISSARD, L. (A. A.): Catholicisme et Progrés Social. Ed. A. Fayard.
- SÁNCHEZ GIL (S. J.): Deontología de ingenieros y directivos de empresa. Ed. Aguilar.
- SUAVET, THOMAS: Spiritualité de Tengagement. Ed. Eco- nomie et Humanisme. Les Editions Ouvrieres.
- CHENU (O. P.), BOVIS (S. J.), RONDET (S. J.): L'Enfant et son devenir professionnel: perspectives theologiques. Ed. Fleurus.
- GUELLUY, R.: Vie de Foi et Taches Terrestres. Ed. Casterman.
- HARINC, B.: La Loi du Christ. (Traducido del Alemán). Tomos 2 y 3. Ed. Desclée.
- ANITÚA, S. DE (S. J.) y Río, E. DEL (S. J.): Ensayos sobre Progreso y Cristianismo. Ed. Juan Flors.
- LIEGÉ, P. (O. P.): Vivre en Chretien. Ed. A. Fayard.
- RIDEAU, SCALVINI, LYONNET: Redención del Universo (Traducido del Italiano). Ed. Heroica.
- THILS, G.: Teología de las Realidades Terrenas. Ed. Desclée de Brouwer.
- DAWSON, CHRISTOPHER: Progress and Religion. Ed. Double- day.
- PERRIN y LAZZATTI: Institutos Seculares. Ed. Heroica. DUBERLE, C. (O. P.): Optimisme devant ce monde. Ed. Revue des Jeunes.

- Jesus Caritas, Octubre 1960.
- DURRWELL, F. X. (C. SS. R.): La Resurrección de Jesús, Mystere de Salut. Ed. Xavier Mappus.
- GLEASON (S. J.): Christ and the Christians. Ed. Sheed and Ward.
- MONCHEUIL, Y. DE (S. J.): For Men of Action. Ed. Fides.
- SHAW, E.: Eucaristía y Vida Empresaria.
- LARRAIN (Mons.) y PHILIPS (Mons.): 217 Congreso de Apostolado de los Laicos. Temas. Roma, 1957.
- BALTHASAR, HANS URS VON: Prayer. (Trad. del Alemán). Ed. Sheed and Ward.
- COURTNEY MURRAY, J. (S. J.): We hold these truths. Catholic Reflections on the American Proposition. Ed. Sheed and Ward.
- CABRÉ, O. P. (R. P.): Le Sacerdoce des Laics. (Conférences de Notre Dame).
- GUITTON, JEAN: La Vierge Marie. Ed. Montaigne.

Las obras indicadas con un (*) han sido utilizadas reiteradamente.